

Experiencia y escritura ante el roce de la muerte

Acerca de la crónica latinoamericana como vehículo de sensación



Clelia Moure

Centro de Letras Hispanoamericanas, Facultad de Humanidades,
Universidad Nacional de Mar del Plata. Mar del Plata, Argentina.

*Recibido: febrero de 2025
Aprobado: abril de 2025*

En este breve recorrido crítico voy a realizar una lectura de dos textos en los cuales los autores y protagonistas son rozados por el ala de la muerte. Con la brevedad y las estrategias propias de la crónica, género de altísima productividad en América Latina durante las últimas décadas, narran una experiencia singular muy cercana a la muerte. Dicha experiencia tuvo lugar en un momento preciso y en un lugar determinado bajo circunstancias particulares. Estas tres determinaciones tratadas con un lenguaje de alta densidad sensorial les otorgan a ambos textos una cualidad diferencial: son vehículos de sensación.

Uno. “Sentirse en muerte”: Juan Villoro y Edgardo Rodríguez Juliá

[...] cada momento que vivimos existe, no su imaginario conjunto.
Jorge Luis Borges, “Nueva refutación del tiempo” (1952)

Me apropio aquí del título de aquel breve relato incluido en el ¿ensayo?, ¿cuento?, ¿narración autobiográfica? de Jorge Luis Borges publicado en 1952: “Nueva refutación del tiempo” (2005). En ese texto Borges –autor y personaje– nos cuenta una breve historia íntima. En virtud de una experiencia imborrable, el autor ofrece una prueba de la inexistencia del tiempo, es decir, su refutación. La argumentación comienza con citas de Berkeley y de Hume; discute (“no sin ingratitud”) con Schopenhauer, pero será el relato de una experiencia radicalmente singular la condición de su verdad.

Los cronistas conocen esta verdad y nos la ofrecen sin desesperación metafísica. Lo que quiero decir es que el discurso de la crónica avanza a contrapelo de la convención clásica del tiempo histórico sin sorprenderse por ello, con la naturalidad de un saber que ha nacido y opera en el pulso de la escritura.

El temporal en la memoria de Rodríguez Juliá (2009) y el terremoto de magnitud 8,8 en la escritura de Villoro (2010) nos arrojan a una experiencia singular del tiempo. No se trata de un instante aislado de otros acontecimientos en la vida de los respectivos

narradores; el instinto vital y la memoria se asocian frente a la experiencia límite para conjurar la muerte en un presente marcado por su densidad sensorial. Es la visión, la audición, el sabor, el tacto y el olor del instante lo que produce el hecho singular, no seriado, mezcla heterogénea de efectos indelebles en la memoria del narrador, transpuestos por acción del lenguaje a la experiencia del lector. El tiempo ha sido abolido, y ello no quiere decir que no sepamos la fecha o el lugar: tanto Villoro como Rodríguez Juliá nos informan cuidadosamente de los datos geográficos e históricos del acontecimiento. Pero “la fijación cronológica de un suceso, de cualquier suceso del orbe, es ajena a él, y exterior” (Borges, 2005: 273-274).

En la lectura/escritura de estas crónicas el tiempo no opera como abstracción ordenadora de sucesos. La experiencia del instante singular que ha penetrado en la sensibilidad y dejado su marca en la memoria es transpuesta al orden del discurso por la potencia sensible de la prosa. En “Temporal”, las vivencias de la infancia no son recordadas, sino actualizadas por la tempestad que arrecia y estremece todo lo que parecía sólido y seguro, como la casa, las ventanas, la certeza de que el tiempo transcurre y el pasado no regresa.

El ruido de los troncos al partirse durante los primeros embates del huracán Hugo, el 17 de septiembre de 1989 en las afueras de San Juan de Puerto Rico, es el mismo que sonó durante la tormenta Santa Clara, el 12 de agosto de 1956 en Aguas Buenas, cuando Edgardo Rodríguez Juliá tenía diez años:

pasarían treinta y tres años antes de yo oír, nuevamente, ese sonido de los árboles al rajarse; a pesar del estruendo final, en un principio es un sonido íntimo, hasta algo bochornoso; a la postre es una conversación de la que sólo podemos ser testigos. Es el ajeno medirse de la naturaleza con su propia fuerza. Aunque la memoria exagera, ése es el único tipo de conocimiento que permanece imborrable. (Rodríguez Juliá, 2009: 230)

Ese ruido es la única certeza posible. El recuerdo de los antiguos huracanes (San Felipe y San Ciprián) presentes en la vigorosa memoria de los mayores, no constituye ningún saber providencial, no garantiza el conocimiento ni mucho menos la seguridad ante la fuerza incontenible de la naturaleza. El rugido del viento acalla todas las voces, y esa extraña combinación entre sonido y silencio es la única nota de identidad del temporal, legitimada en el texto por la novela de Conrad, *El negro del “Narciso”* (1897): “Nadie hablaba y todos escuchaban. Afuera la noche gemía y sollozaba según el acompañamiento de un ensordecedor y continuo batir, como si innumerables tambores sonaran a lo lejos” (2009: 231). Rodríguez Juliá sostiene su relato en la memoria auditiva y en la memoria textual. Los “tremendos golpes sordos” de la novela de Conrad traen a la crónica la cualidad marina del huracán caribeño, y ajustan la analogía apartamento-navío: ambos, el primero en San Juan de Puerto Rico, el segundo en *El negro del “Narciso”*, se estremecen y tiemblan hamacados por la furia incontenible del viento. Sonidos y silencio, memoria y escritura, viento y tempestad son las únicas certezas, y configuran el saber del texto que no puede ser traducido a las coordenadas del saber estadístico o meteorológico. La experiencia sólo puede ser transpuesta a la escritura por los procedimientos literarios que la convierten en vehículo de sensación.

En el texto de Rodríguez Juliá la historia colectiva no cesa de escribirse, aun tratándose de una experiencia personal, vivida en la intimidad de la casa familiar y atravesada por la memoria en la que vibran las voces de los padres y de los abuelos. El narrador asocia los devastadores huracanes del Caribe con la pobreza indómita, pertenecientes a un pasado superado para siempre: “los males de aquella pobreza ancestral a punto de olvidarse” (Rodríguez Juliá, 2009: 231). El autor es consciente de que ese vínculo puede resultar tan arbitrario y discutible como sus recuerdos de infancia, y no obstante

ser negado por el temporal que se describe en el presente irrefutable de la crónica, esa relación irracional se afirma y se sostiene con la fuerza de las creencias más arraigadas:

Pertenecía a la generación de la abundancia y el desarrollo, que apenas tenía conocimiento de ese Caribe de devastadores huracanes y pobreza indómita. El conocimiento de los huracanes parecía tener una relación inversa con el desarrollo del país. Hasta llegamos a presentir, estoy seguro, que los huracanes –como las niguas, la tuberculosis y las lombrices– pertenecían a un pasado superado para siempre, otro de los males de aquella pobreza ancestral a punto de olvidarse. Los huracanes eran cosa de gente de color cercana al Caribe y alejada de Dios y de los americanos, gente como los cubanos de Cuba, los dominicanos y jamaicanos. En el fondo, bien en el fondo, pensábamos que Dios y la Divina Providencia serían fatalmente blancos, yuppies de Bronco o Blazer con membresía de por vida en Palmas del Mar. No nos tocaba ni uno. Estábamos como nimbados por la abundancia que trajo Muñoz Marín, Fomento, las 936¹ y, sobre todo, la todopoderosa ciudadanía americana a punto del caramelo 51. (Rodríguez Juliá, 2009: 231, cursivas originales)

Parece filtrarse en el discurso de la crónica un saber que sostiene la conciencia de la identidad caribeña más allá de la ambigua pertenencia al Occidente blanco, más allá del desarrollo económico que significó para la isla la condición de Estado asociado. A pesar de saberse parte de la generación de la abundancia, protegida por la “todopoderosa ciudadanía americana”, el autor despliega su fina ironía y se ríe de sí mismo al afirmar la ingenua creencia de que los huracanes, como la pobreza, “eran cosa de gente de color cercana al Caribe”. La tormenta le hace saber con toda la furia de su desenfreno que no “sólo somos hijos de la tierra, también huérfanos de la memoria”.

Dos

Se pinta, se esculpe, se compone, se escribe con sensaciones.
Se pintan, se esculpen, se componen, se escriben sensaciones.
Deleuze y Guattari, *¿Qué es la filosofía?* (1991)

“El sabor de la muerte” fue publicado por el diario *La Nación* de Buenos Aires el 6 de marzo de 2010, pocos días después del terremoto de magnitud 8,8 que asoló a Chile el 27 de febrero. Este dato nos hace pensar en el estatuto de la crónica que se ofrece como lectura de lo inmediato en el papel que dos o tres días más tarde será usado para envolver huevos o para embalar objetos frágiles. Una obra efímera que no obstante haber sido rescatada del olvido, en este caso por la compilación de Jaramillo Agudelo (2012: 94-97) y por el propio medio periodístico en soporte digital, conserva su calidad instantánea. Esa misma calidad la hace intensa y por lo tanto, inolvidable. Paradoja que no se percibe durante la lectura, solo la advertimos cuando pensamos en ella, tal vez porque no hay tal paradoja fuera del pensamiento. “La historia, con sus intensidades, sus debilidades, sus furores secretos, sus grandes agitaciones febriles y sus síncope, es el cuerpo mismo del devenir” (Foucault, 1979: 12).

1 La Sección 936 del Código de Rentas Internas fue un sistema de impuestos diseñado para promover la localización de nuevas industrias en Puerto Rico. Durante los veinte años de su aplicación (1976-1996), múltiples empresas se establecieron en la isla (llamadas “las 936” que evoca aquí el texto de Rodríguez Juliá) y varios sectores de la economía se beneficiaron con la actividad generada, sobre todo en el sector manufacturero; también favoreció a la banca local. Sin embargo, dicha sección fue objeto de reiteradas revisiones por parte del Congreso de los Estados Unidos. Esto se debió a la exención contributiva de las pingües ganancias de las corporaciones 936. Para Puerto Rico esas ganancias favorecían las inversiones pero para el gobierno federal representaban una fuente de contribuciones no recaudadas. La sección 936 fue derogada oficialmente en agosto de 1996, dando comienzo a un período de declinación de la economía de la isla. Muchos años después del final de la sección 936 la discusión sobre el tema aún persiste.

La prosa de Villoro nos instala desde el comienzo en la agitación febril de aquella madrugada: “El terremoto de magnitud 8,8 que devastó a Chile el 27 de febrero fue tan potente que modificó el eje de rotación de la Tierra. El día se redujo en 1,26 microsegundos” (Villoro, 2012: 94). Inmediatamente después de ese golpe en la conciencia, la saturación sensorial de la escritura nos arroja en el interior del cuarto donde el autor-narrador dormía, en un séptimo piso:

Durante dos minutos eternos el temblor tiró botellas, libros y la televisión. El edificio se cimbró y pude oír las grietas en las paredes. Pensé que nos desplomaríamos. Alguien gritó el nombre de su pareja ausente y buscó una mano invisible en los pliegues de la sábana. Otros hablaron a sus casas para contar segundo a segundo lo que estaba pasando. Imaginé el dolor que causaría esa noticia, pero también que mi familia dormía, con felicidad merecida. Me iba del mundo en una cama que no era la mía, pero ellos estaban a salvo. La angustia y la calma me parecieron lo mismo. Algo cayó del techo y sentí en la boca un regusto acre. Era polvo, el sabor de la muerte. (Villoro, 2012: 94)

En muy pocas oraciones se condensan el temblor y la visión del temblor, el balanceo del edificio y el sonido de las paredes al rajarse, el grito de alguien llamando al ausente, el dolor de los otros, el regusto acre del polvo. Los dos minutos del temblor albergan también el alivio al pensar que la familia duerme lejos y está a salvo: “La angustia y la calma me parecieron lo mismo”. La crónica del acontecimiento no podría tener este nivel de intensidad, no podría dar a leer esta experiencia única y particularísima, efímera en la existencia e indeleble en la memoria, y, por supuesto, no podría ser escrita sin la acción del lenguaje que la hace cuerpo. La poesía de los sentidos opera la transposición: “Cuando el movimiento cesó –narra Villoro– sobrevino una sensación de irrealidad. Me puse de pie, con el mareo de un marinero en tierra. No era normal estar vivo. El alma no regresaba al cuerpo” (2012: 94). No hay dato estadístico ni discurso expositivo que pueda dar cuenta de la irrealidad, de la anormalidad de estar vivo. “Abrí la puerta y vi una nube espesa. Pensé que se trataba de humo y que el edificio se incendiaba. Era polvo. Sentí un ardor en la garganta” (2012: 95). La imagen es visual y táctil; la imaginación crea el incendio a instancias del tópico literario, cinematográfico y televisivo: una puerta se abre y allí está la muerte, el fuego no se ve pero nos acorrala; comprender que no se trata de un incendio no disminuye la asfixia ni el terror; la nube espesa es de polvo y lo que arde es la garganta.

Pero hay un elemento más. Tal como sucede en otras crónicas, la experiencia particular está atravesada por la historia colectiva:

La arquitectura chilena es una forma del milagro. Sólo esto explica que en Santiago los daños hayan sido menores. Aunque algunos edificios fueron desalojados y otros tendrán que ser demolidos (inmuebles posteriores a 1990, cuando las leyes de supervisión se hicieron menos estrictas), lo cierto es que la resistencia del paisaje urbano fue asombrosa. Un terremoto es una radiografía de la honestidad arquitectónica. En 1985, el terremoto de la Ciudad de México demostró que la especulación inmobiliaria y la amañada construcción de edificios eran más dañinas que los grados de Richter. “Con usura no hay casa de buena piedra”, escribió Ezra Pound. (Villoro, 2012: 95-96)

La historia particular y la historia colectiva en diálogo incesante, tanto en la crónica como en la vida. Los cronistas latinoamericanos nos han dado a los lectores la posibilidad de recorrer algunos pasillos de ese laberinto múltiple que es “nuestra identidad” siempre excesiva, indefinible. Esta historia individual que narra con maestría Juan Villoro se teje con la historia del pueblo chileno y del pueblo mexicano: la disímil “honestidad arquitectónica” de sus gobiernos ha quedado a la vista en los respectivos terremotos. El de 1985 en el Distrito Federal de México, el de 2010 en Santiago, en

Concepción, en Talca, han desnudado la corrupción o la falta de controles del Estado en las construcciones antisísmicas.

Ni el tremendismo y la morbosidad de los noticieros, ni la lentitud de los rescatistas ni la pobreza estructural (“como siempre, los más afectados son los que habían padecido antes el cataclismo de la pobreza”) escapan al ojo del cronista. Como no escapan, en la imagen final, las diferencias económicas que dividen la sociedad chilena en escenarios antagónicos. El 8,8 metaforizado por Villoro como “los gemelos del miedo, el diablo ante el espejo”, me recuerda la metáfora de Pedro Lemebel en “Las campanadas del once”² en *De perlas y cicatrices*:

En la mañana de un once, aunque brille un dorado sol, hay quienes aún despiertan tiritando, hay quienes no se levantan, y se quedan enredados en las sábanas de la vigilia, dormitando, tratando de alargar la noche anterior para borrar o saltarse los números paralelos de esta efeméride. Son muchos los que no quieren saber el día que están viviendo, y no despiertan, y duermen, y tratan de flotar en las aguas gelatinosas del presente once. (Lemebel, 1998: 29)

La crónica denuncia la ambigüedad del “festivo democrático” militarizado hasta la crispación. Cuesta entender, ya concluido el gobierno de facto, qué puede celebrarse el 11 de septiembre en Chile. La crónica del autor chileno podría terminar con la misma frase que la del escritor mexicano que estaba casualmente en Santiago durante la fatídica madrugada. Tanto el 8,8 como el 11 tienen la carga simbólica de los gemelos del miedo: “lo que somos y lo que podemos dejar de ser. Una falla invisible decide el juego, nuestra residencia en la Tierra” (Villoro, 2012: 97).

Tres. La “poesía de los sentidos” en la crónica latinoamericana. A modo de conclusión

En el recorrido de lectura que antecede, he tratado de mostrar cómo la crónica latinoamericana está atravesada por un uso sensorial del lenguaje (pulsional, poético). Sin dejar de ser relato, sin renunciar a su línea de fuerza más potente: ser el vehículo de un punto de vista particular (y con frecuencia minoritario) sobre cuestiones humanas, sociales o naturales de nuestro continente, las crónicas que he cartografiado (y muchas otras que no he considerado en esta breve nota, pero a las que he dedicado otros ensayos) son narrativas que se configuran como acontecimiento poético, capaz de transponer al discurso la visión, la audición, la sensación que puede provocar una experiencia.

Para echar luz sobre esta concepción de la palabra, voy a referirme brevemente a dos enormes poetas. Antonin Artaud escribió en su ensayo *El teatro y su doble*, publicado originalmente en 1938, que el lenguaje teatral, entendido como “poesía de los sentidos”, da extensión a la voz; es una “física del gesto absoluto” que afecta la sensibilidad “a través de los laberintos y los entrelazamientos fibrosos de la materia” (2005: 68). En su reflexión, se refiere a la posición de la palabra en el teatro para plantear la necesidad de un lenguaje sólo definible como “expresión dinámica y en el espacio” (2005: 99); “ese lenguaje objetivo y concreto del teatro fascina y tiende un lazo a los órganos. Penetra en la sensibilidad. Abandonando los usos occidentales de la palabra, transforma los vocablos en encantamientos” (2005: 101). Estoy segura de que esta nueva posición de la palabra puede ser pensada no sólo en relación con el teatro, sino con todos los géneros y registros discursivos que atraviesan el conjunto heterogéneo y

2 El título de la crónica de Lemebel alude al 11 de septiembre, subrayando la contradicción del “festivo democrático”, por cuanto esa fecha recuerda el golpe militar que en 1973 derrocó al gobierno democrático de Salvador Allende.

cambiante que –a falta de denominación más precisa– llamamos “literatura”. Y estoy igualmente convencida de que las crónicas latinoamericanas han operado y siguen operando esa transformación, dando cauce a una particular posición de la palabra en el universo narrativo.

José Martí es, sin ninguna duda, el ilustre antecedente de este nuevo signo en el discurso de la crónica. Su prosa inflamada de pasión y de metáforas ha generado una “moral de la forma” (en términos de Roland Barthes), lo cual implica, en primer lugar, un uso político del lenguaje, una intervención en el mundo con consecuencias “reales” y, en segundo término, una transformación no menos “real” en el campo literario. Martí pensó y ayudó a forjar una nueva identidad latinoamericana, y trabajó sin descanso para que nuestro continente despertara del sueño colonial, antes de tener el tigre encima,³ pero no es menos evidente que su escritura fue un modo de pensar la literatura, de posicionarse ante ella como autor, como poeta, de renovar sus formas y de significar y señalar una posibilidad futura, que excedía lo pensando y realizado en nuestra América hacia fines del siglo XIX.

El teatro y su doble y *Nuestra América* son dos ensayos separados por un océano, por casi medio siglo (el texto de Martí es de 1891, el de Artaud de 1938), están escritos en lenguas diferentes y fueron pronunciados con intenciones muy disímiles, en contextos históricos absolutamente diversos. Pero son dos ensayos escritos por hombres apasionados, poetas y luchadores, cuyas armas fueron exclusivamente la palabra, el amor y las ideas revolucionarias. Todo ello explica, tal vez, la convicción que tuvieron en común de que la identidad humana considerada como totalidad homogénea es una construcción imaginaria, que lo que existe es múltiple y no puede cuantificarse ni ser definido, que “cada momento que vivimos existe, no su imaginario conjunto” (2005: 250) como nos advierte Borges desde el epígrafe de estas páginas. Entiendo que la crónica latinoamericana contemporánea hace propia esta posición de la palabra, con diversidad de estilos y materias, con la heterogeneidad y la hibridez propias de su naturaleza discursiva. La producción literaria en general y las crónicas en particular son más que proliferación de significados, son algo más que una posible representación del mundo, y mucho más que la expresión de un sujeto particular o colectivo. Las crónicas se configuran como un régimen intensivo: establecen una conexión heterogénea entre la escritura y el campo pulsional, vibratorio de los cuerpos. Dicha conexión es una de las condiciones de lo literario, poesía de los sentidos que, al decir de Antonin Artaud, “transforma los vocablos en encantamientos” y en su fluir compromete la totalidad de la vida, la atraviesa y la transforma.

3 Dice Martí en uno de los mejores párrafos de la literatura en nuestra lengua: “Con los oprimidos había que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fognazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros –de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen– por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos” (2005: 35-36).

Bibliografía

- » Artaud, A. (2005 [1938]). *El teatro y su doble*. Sudamericana.
- » Borges, J. L. (2005 [1952]). Nueva refutación del tiempo. *Otras inquisiciones*, pp. 249-277. Emecé.
- » Conrad, J. (1975 [1897]). *El negro del “Narciso”*. Fausto.
- » Deleuze, G. y Guattari, F. (1997 [1991]). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama.
- » Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. La Piqueta.
- » Lemebel, P. (1998). Las campanadas del once (o “¿te imaginas Pichy qué hubiera sido de nosotros?”). *De perlas y cicatrices*, pp. 28-30. LOM.
- » Martí, J. (2005 [1891]). *Nuestra América*. Biblioteca Ayacucho..
- » Rodríguez Juliá, E. (2009 [2002]). Temporal. La nave del olvido. *Antología personal*, pp. 229-235. Beatriz Viterbo.
- » Villoro, J. (2012 [2010]). El sabor de la muerte. Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual*, pp. 94-97. Alfaguara

